

## LA IDENTIDAD DE LOS SECTORES POPULARES EN EL BUENOS AIRES DE LA ENTREGUERRA (1920- 1945)\*

Luis Alberto Romero \*\*

EN ESTE TEXTO HE DE REFERIRME al proceso específico de constitución de una identidad entre los sectores populares de Buenos Aires, en el período entre las dos guerras mundiales. La cuestión tiene un interés específico para la historia argentina, si —como pienso— este proceso es uno de los que conforman la base de constitución del peronismo. Pero además, creo que puede tener algún interés el enfoque o perspectiva con el que he encarado el problema. Por ello, plantearé inicialmente los supuestos teóricos del trabajo.

### Identidades sociales

Para el estudio de los procesos de constitución de identidades sociales entre los sectores populares, los esquemas tradicionalmente referidos a la «clase obrera» resultan insuficientes. Parece conveniente ampliar el cuadro de los problemas y conjugar los aspectos comúnmente llamados objetivos, que hasta ahora han sido los preferidos, con aquella otra esfera constituida por la vivencia que los protagonistas tienen de su situación, la representación o transposición simbólica que operan, el

---

\* Este texto resume los aspectos principales de una investigación realizada conjuntamente con Leandro H. Gutiérrez, recientemente publicada; Leandro Gutiérrez y Luis Alberto Romero: *Sectores populares, cultura y política. Buenos Aires en la entreguerra*. Buenos Aires, Sudamericana, 1995.

\*\* Docente del Instituto de Historia Argentina y Americana, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, Argentina.

sentido atribuido; en suma: lo que suele denominarse el campo de la cultura, entendida como un proceso social constituyente y constituido a la vez.<sup>1</sup> Los actores sociales de un proceso histórico se constituyen precisamente en el entrecruzamiento de esos dos campos, el de las situaciones y el de sus representaciones, del que surge su peculiar identidad.

¿Cómo abordar un campo tan vasto y resbaladizo? Parece conveniente distinguir dos grandes vías en la constitución de identidades sociales. Una primera es la de la experiencia del actor social, la forma en que vive su condición, determinada objetivamente (en el sentido de Raymond Williams de impulso y límite) pero vivida y percibida a través de una *forma mentis* conformada culturalmente, a la que la experiencia alimenta y modifica. La idea, largamente desarrollada por E. P. Thompson,<sup>2</sup> lleva a considerar los procesos y los ámbitos por los que las experiencias individuales se hacen sociales y se transforman en cultura. Una segunda vía incluye las distintas formas por las que los restantes actores sociales influyen en ese actor, su cultura y su *forma mentis*. Aquí pueden distinguirse diversas variantes: la acción del Estado, sus aparatos ideológicos y su presencia celular, su escuela y su *longa manus*. También la Iglesia, cuya acción en las sociedades más tradicionales es comparable a la del Estado, así como en las modernas lo es la de los medios masivos y la industria cultural: ambas trabajan sobre el sentido común y el consenso. Sobre ese sentido común, pero en otra dirección, operan los intelectuales contestatarios, los militantes políticos o culturales.

Pero además, debe tenerse en cuenta lo que podría llamarse la «mirada del otro», la imagen que los sectores dominantes tienen de los dominados, que opera fuera o más allá de las instituciones específicamente destinadas a constituir la hegemonía, pero que también contribuye a definirlos, a identificarlos y por consiguiente a ubicarlos en el sistema social. Esa mirada surge, como todas, de una específica confluencia de experiencias y prejuicios. Parte de una imagen global de la sociedad y de los lugares asignados a unos y otros, e incluye un

---

1 Raymond Williams: *Marxismo y literatura*. Barcelona, Península, 1980. José Luis Romero: *La vida histórica*. Buenos Aires, Sudamericana, 1988

2 E. P. Thompson: *Tradicición, revuelta y consciencia de clase*. Barcelona, Crítica, 1979.

conjunto de rasgos, comportamientos e ideas atribuidos al otro. Si bien está cruzada por esquemas intelectuales que aspiran a la racionalidad y objetividad, hay una zona reservada al prejuicio, a la visión deformante, a la ideología descalificadora. Originadas a menudo en reacciones primarias, como el desprecio o el miedo, llegan a formularse en concepciones generales, como la de castas, el darwinismo social o el patriotismo chauvinista. Si bien habitualmente no es el instrumento principal en la constitución de la hegemonía —su acción no podría compararse con la de un Estado o Iglesia eficaces— contribuye a ésta; pero también a acentuar las tensiones, exacerbar los conflictos, crear un antagonista que —como los sansculottes franceses o los descamisados argentinos— puede asumir esa visión fuertemente descalificadora, pero invirtiendo su signo valorativo.

Se trata de cuatro vías distinguibles en el análisis, pero que se mezclan, compiten y rechazan. Su señalamiento no apunta a construir un modelo de relaciones, pues éstas nunca son mecánicas ni determinables a priori, sino a llamar la atención sobre los aspectos que deben ser estudiados para encarar la reconstrucción de la identidad, inestable y cambiante, de un actor social.

Hemos utilizado el concepto de identidad, para dar cuenta de esas configuraciones culturales que se constituyen en el campo de los sectores populares, y conviene precisar los alcances de este concepto, sus utilidades y sus dificultades. La pregunta simple por la identidad de un actor incluye en realidad varias; por ejemplo: ¿quiénes son realmente? ¿quiénes creen que son? ¿quiénes les dicen que son? ¿quiénes quieren ser? Todas ellas encierran parte de la respuesta buscada, y no es posible prescindir de ninguna.

Esto indica una primera dificultad de tipo epistemológico. Por influencia de las ciencias sociales con tendencia a la sistematización (y en términos más generales, por una *forma mentis* propia de nuestra cultura occidental) estamos acostumbrados a pensar en los actores como categorías fijas y determinadas, perfectamente recortados e inmutables, precisamente definidos o inmodificables. Esta forma de pensar no es útil para los historiadores, que encuentran por ejemplo que un actor social es uno y varios a la vez. Cruzado por innumerables diferencias —ocupacionales, culturales, nacionales, sexuales, políticas— los llamados «sectores populares» se fragmentan hasta astillarse; pero a la vez,

empujados quizá por alguna impactante experiencia común, por la acción de intelectuales o políticos, o quizá por la fuerza de una mirada descalificadora del otro social, se polarizan y hacen compactos.

Polarización/fragmentación es una de las dialécticas del actor social. La otra tiene que ver con el decurso temporal: un actor social no es (como nos lo presentan las ciencias positivas) sino que *está siendo*, de tal manera que incluye en sí su pasado y su futuro, bajo la forma de tradiciones y proyectos, y cada definición categorial, aunque operativa, descarta algo de su vida, que está en el proceso. Por eso, una *identidad* no supone un actor acabadamente definido sino una cristalización provisoria dentro de una zona de la sociedad, que da el tono, la línea principal de una situación, sin excluir tonos menores o líneas alternativas, que se separan o integran, anticipan lo que vendrá o recuerdan lo que ya fue.

Así, la identidad popular, antes que un núcleo cerrado, compacto y estable —como el que nos proponen muchas visiones *populistas*— debe ser vista como un cambiante polo de identidades, diferentes pero semejantes. Abierta y resistente a la vez, la identidad popular es ella misma un campo de conflictos, cruzado por resistencias, presiones, imágenes propias y ajenas, que se superponen, integran o rechazan. Allí compiten los distintos discursos educadores —del Estado o de los intelectuales contestatarios— que procuran moldear el sentido común popular. Allí se constituye la hegemonía, pero también la resistencia, aunque ésta sólo se exprese en una tozuda afirmación de las formas tradicionales, o en la propuesta de una modesta reforma edilicia. En ese sentido, como ha señalado con agudeza Stuart Hall,<sup>3</sup> la identidad de los sectores populares es un campo de conflictos, o más exactamente, una de las manifestaciones del conflicto sobre el que se constituye la sociedad.

### **Buenos Aires en la entreguerra: sociedad e instituciones**

En las décadas de 1920 y 1930 la ciudad de Buenos Aires y la sociedad que la habitaba experimentaron cambios profundos, asociados con la formación y crecimiento de numerosos barrios nuevos, cada vez más distantes del centro. Las sociedades que se empiezan a formar en

---

3 Stuart Hall: «Notas sobre la desconstrucción de 'lo popular'», en R. Samuel (ed.): *Historia popular y teoría socialista*. Barcelona, Crítica, 1981.

ellos constituyen lo más típico de la ciudad de entreguerra y fueron el marco principal de la conformación de una nueva identidad popular.

A lo largo de las décadas de 1920 y 1930, la mayoría de estos barrios fueron todavía instalaciones aisladas, separadas de las vecinas por anchos espacios desocupados. Los servicios urbanos los beneficiaron muy poco al principio (al punto que su obtención se constituyó en uno de los objetivos de los nuevos núcleos y uno de los principales impulsores de la organización de la nueva sociedad). Pero poco a poco, luego de los loteos, comenzaron a aparecer las nuevas viviendas, concreción inicial del persistente ideal de la casa propia.

En la nueva sociedad, que distaba de ser homogénea, se confundían los argentinos y los inmigrantes, aunque esta distinción fue progresivamente menos relevante. Convivían obreros, empleados, maestros, pequeños comerciantes, profesionales y muchos otros sin ocupación fija, integrantes del grupo de los «vagos» o desocupados característicos del folklore barrial. A diferencia del conjunto compacto de trabajadores, característico de barrios populares, como la Boca a principios de siglo, aquí se advierten los efectos del intenso proceso de movilidad que caracteriza a la sociedad de Buenos Aires: no sólo la distribución a lo largo de la escala social se ampliaba, sino que las expectativas mismas hacían que las posiciones realmente existentes no fueran consideradas con definitivas.

En la constitución de cada una de estas sociedades barriales tuvo enorme importancia un conjunto de asociaciones de distinto tipo: sociedades de fomento, clubes, asociaciones mutuales, comités de partidos políticos y bibliotecas populares, que respondían a las múltiples e imperiosas necesidades de los nuevos barrios y cuya proliferación fue característica de esta etapa de su desarrollo. Estas instituciones coadyuvaban al proceso de organización de las sociedades locales: se fueron conformando formas regulares de interacción, redes establecidas, fines comunes acordados, normas y valores implícitos, formas de identidad barrial y también liderazgos aceptados, prestigios establecidos, jerarquías convalidadas y, en definitiva, élites barriales, cuya existencia y modos de relación con la comunidad también tenía que ver con esas instituciones culturales.

Entre ellas, un tipo singular fueron las bibliotecas populares. Si bien existían desde fines del siglo pasado, su gran crecimiento se produjo

entre 1920 y 1945. Se las encuentra en prácticamente todos los barrios de la ciudad. En muchos casos surgieron por iniciativa de un grupo de vecinos; a veces mantuvieron una existencia institucional autónoma y otras terminaron incluyéndose en algún club o, muy frecuentemente, en la escuela, aunque conservando su identidad. En muchos otros casos, surgieron adosadas a otro tipo de instituciones —clubes o sociedades de fomento— que invariablemente creían útil y necesario tener una biblioteca pública.

Estas bibliotecas populares constituyeron uno de los ámbitos específicos en los cuales se reconstituyó la cultura de los sectores populares, organizados en los barrios, en tanto muchas de las cosas que allí ocurrían, se decían o se leían, empalmaban con experiencias novedosas y singulares. En muchos aspectos eran compartidas con otras instituciones barriales, pero en una dimensión, la que tiene que ver con la cultura erudita, aportaron un elemento singular y casi exclusivo. Aunque están lejos de agotar el conjunto de espacios sociales, de mensajes y discursos y de experiencias que se amalgaman en la conformación de una nueva forma cultural, estas bibliotecas tuvieron, por entonces, un papel singular, que tiene que ver con un cruce específico entre ciertos aspectos de la cultura erudita y ciertas experiencias sociales vividas por los habitantes de los barrios.

### **Las bibliotecas y la nueva identidad popular**

El estudio de las actividades «culturales» barriales nos ha permitido vislumbrar algunos aspectos de la cultura de los sectores populares de Buenos Aires en la entreguerra, sus representaciones, actitudes y valores, sus ideas de la vida y la sociedad. Hemos podido observar algunas dimensiones de las nuevas sociedades barriales y, sobre todo, el cruce entre las experiencias sociales allí nacidas y ciertos rasgos de lo «cultural» (muy relacionado con el mundo intelectual y letrado) en el ámbito de unas instituciones singulares: las bibliotecas populares.

En ese proceso se conformó el núcleo de una nueva forma de identidad de los sectores populares porteños, diferente de aquella trabajadora y contestataria que predominó a principios de siglo y también de esa otra, más definidamente obrera, de la segunda posguerra.

Fue popular porque englobó un sector más amplio que el de los estrictamente trabajadores, y porque el trabajo y sus problemas no constituyeron el centro exclusivo ni aun el principal de sus preocupaciones. Las instituciones típicas de esta nueva forma de identidad fueron las barriales —el club, la sociedad de fomento, la biblioteca popular— las que a su vez tuvieron un papel fundamental en la organización de las nuevas sociedades, en la conformación de sus redes y jerarquías.

Dentro de ellas, las dedicadas centralmente a la cultura parecen haber ocupado un lugar importante. Fueron sus activistas, fuertemente imbuidos de la importancia de lo «cultural» en el progreso individual y colectivo, los que empalmaron las experiencias singulares de esta nueva sociedad —como la cooperación, la reforma, la mejora individual, todo en el marco del tiempo libre— con los mensajes y contenidos traídos del mundo de los cultos y llegados bajo la forma de libros o conferencias. Fueron eficaces porque combinaron estas actividades con otras que respondían a diversas necesidades de estas sociedades: vida de relación, entretenimiento, educación. Al hacerlo, se incorporaron ellos mismos a la élite barrial que se estaba formando y promovieron, con la defensa de lo «cultural», su lugar en ella.

Descentrada del trabajo, la vida de los sectores populares se organizó en torno de otros núcleo: el tiempo libre, la familia, el hogar, que gracias a la «casa propia» en los nuevos barrios encontró el espacio material para reorganizarse y asumir mayores funciones. La mujer trabajadora pudo dejar el taller o la fábrica (aunque a menudo siguió trabajando en el hogar), se convirtió en ama de casa y partícipe activa y permanente de la vida barrial. Simultáneamente, otro movimiento más general de la sociedad empujaba a las hijas de familia de los sectores más acomodados hacia nuevos empleos y en general a una vida más libre y menos convencional. Unas y otras descubrieron la posibilidad de capacitarse para aspirar a un puesto de empleada u oficinista, o simplemente llenar las horas vacías aprendiendo algo y asomándose al mundo: junto quizá con los estudiantes, las mujeres fueron la base de las actividades de las bibliotecas.

En ellas su situación fue ambigua, pues su acción fue estimulada y a la vez restringida por los hombres. Por entonces, como en todas partes del mundo, las relaciones entre los sexos fueron haciéndose más libres,

pero en los barrios esto consistió en un interés básicamente libresco por cuestiones tales como los derechos civiles y políticos, el divorcio, el erotismo o los aspectos científicos del sexo, que fueron la materia de los mayores éxitos editoriales y de las conferencias más comentadas.

Los aspectos científicos del sexo, camino para derribar un tabú, son a su vez parte de una revaloración del físico y la vitalidad, también propios de la época, que en los barrios se manifiesta, quizá modestamente, en un creciente interés por los deportes. Las actividades deportivas (el fútbol en primer lugar, pero también el básquetbol) fueron junto con el juego (de azar) y la «cultura» los grandes motores del asociacionismo y los grandes competidores de ésta. No faltaban por cierto motivos de oposición entre estas actividades, y para los militantes de la cultura el fútbol era la opción negativa, la causa del despoblamiento de las bibliotecas. Pero no se trataba de una actividad ajena al conjunto de las de la biblioteca: todas ellas llenaban, en primer lugar, un espacio temporal acrecido, las «ocho horas para lo que queremos hacer». Más aún, todos lo hacían, en mayor o menor medida, en un estilo que privilegiaba lo lúdico, el entretenimiento, la evasión, al igual que la radio, el cine, los bailes o los picnics. Ese vuelco al entretenimiento es correlativo de una baja en las actividades que tienen como objetivo la contestación social.

Las actividades de la biblioteca llenaban en parte las necesidades de sociabilidad y entretenimiento, para las mujeres y para las familias, que no se encontraban cómodas en los clubes de juego o deportes, más definitivamente masculinos, y a quienes les estaban vedadas las diversiones del Centro. También, aquellas que tenían que ver con la capacitación y el mejoramiento individual, características de una sociedad como la porteña, en la que la educación era uno de los elementos principales de la movilidad social. Pero a ellos le agregaba una mucho más específica: el acceso al mundo de la «cultura», de la cultura establecida, letrada (y en ocasiones artística) y erudita, el acervo cultural acumulado por la sociedad y resguardado por los «cultos», administradores de su distribución dosificada. Se trata de un acceso fragmentario y ocasional, pese a que la voluntad es permanente; de un picoteo asistemático a una cultura que, así adquirida, es más ornamental que útil. Y sin embargo, en torno de esto se constituyó una suerte de religión laica, en la que los libros fungían de objetos sagrados y los

conferencistas eran los celebrantes. Hay muchas explicaciones posibles de este fenómeno pero una (y no la menos importante) pasa por la voluntad de incorporación a la sociedad establecida y a su «cultura», juzgada valiosa y digna de ser adquirida. Constituye otra dimensión de una sociedad en la que el conflicto es subordinado a la integración.

### **La reforma social: experiencia y mensajes**

En otros aspectos más estas bibliotecas expresan características de las sociedades barriales: son el resultado de un emprendimiento común, el fruto de una tarea que interesa igualmente a la maestra, la costurera o la simple ama de casa, al obrero, al comerciante, al profesional o al desocupado: en fin, a todo ese espacio social que hemos caracterizado como popular. En sociedades nuevas, en formación, con espíritu de frontera, las dificultades comunes que deben ser superadas, las metas colectivas, no sólo son expresión de una sociedad donde el conflicto se relega, sino que son fuente de experiencias persistentes, que tienen que ver con la cooperación entre integrantes de sectores sociales diferentes, y también con la mejora de la sociedad, con su reforma.

La preocupación por la reforma constituye precisamente un rasgo importante, que empalma estas experiencias sociales con los mensajes del mundo intelectual. He aquí una actitud bien diferente de la contestataria de impronta anarquista. Ciertamente, son muchos los que por entonces se preocupan por transformar la sociedad, desde el Partido Comunista hasta la Liga Patriótica. Pero en estas bibliotecas se encarnó una veta especial de esa preocupación, la de la reforma profunda y posible a la vez, que sigue el análisis y crítica racional de la realidad, y se guía por criterios de justicia social. Buena parte de la literatura de lo que denominamos una «empresa cultural» confluye con las actitudes espontáneas de los militantes de sociedades de fomento y bibliotecas.

### **La experiencia de la política**

Surgidas para atender en primer lugar las necesidades materiales del barrio, estas sociedades de fomento se convirtieron en órganos de gestión y mediación ante las autoridades públicas, generalmente representadas por un funcionario encargado de atender sus problemas. De su capacidad de gestión, de la eficacia con que desempeñaban sus

tarea, derivó la legitimidad que se les reconocía, aun por parte de quienes cuestionaban diversos rasgos de su existencia. Su acción tuvo carácter de mediación ante el poder público, siguiendo con tenacidad, ante los funcionarios respectivos, aquellas cuestiones que interesaban a la comunidad, pero sin apartarse de los marcos legales. Había un reconocimiento de múltiples aspectos de la realidad que podía ser mejorada y corregida; había también una convocatoria a la acción solidaria, cooperativa y racional en pos de su reforma; pero existía igualmente el reconocimiento de que, en lo esencial, esas mejoras debían ser realizadas por el Estado, a quien se debía interesar y con el que había que dialogar, discutir, negociar.

En buena medida, esa acción consistió en una apropiación de algunos espacios urbanos, convertidos por su acción, en forma real o simbólica, en públicos: plazas, calles pavimentadas, parques, iluminación, bibliotecas o escuelas. De ese modo, los habitantes fueron transformando el espacio urbano en *ciudad* y a la vez, por su gestión en la conformación de un espacio público, integrado e igualitario, se hicieron ellos mismos *ciudadanos*. Dos procesos, el edilicio y el político, se manifiestan como caras de una misma identidad ciudadana.

Así, de la cultura hemos pasado al análisis de la política, y a la relación entre el fomentismo y esas prácticas. Ciertamente, no era ese el ámbito principal de la práctica política, desarrollada más bien en los comités partidarios parroquiales, que también tenían una fuerte capacidad de gestión, sobre todo cuando el caudillo podía hacer valer sus influencias. En muchos aspectos, estos comités barriales, que eran parte de una maquinaria electoral y de patronazgo, expresaban la otra forma de hacer política. Pero la contraposición no es absoluta, pues de algún modo los comités funcionaron también como ámbitos de socialización política. Las sociedades de fomento —por definición explícitamente partidistas— tuvieron múltiples vínculos con los comités políticos. Por ejemplo, un importante industrial y dirigente radical de Liniers, Guereño, presidía la Sociedad de Fomento local. Pero lo más significativo es que, cuando después de 1930 se clausuró la etapa democrática, esa negociación con el poder se mantuvo a través de los funcionarios del gobierno.

### **Una nueva identidad obrera**

Tales los rasgos de esta identidad, que se constituye en el ámbito de los sectores populares, cristalización provisoria y parcial que coexiste con tendencias diferentes y hasta antagónicas y que hemos denominado «popular». Luego de 1945 la decadencia de las instituciones barriales, y especialmente de las bibliotecas, es visible y acelerada: a las obvias causas externas —fue frecuente que las autoridades desconfiaran de ellas, las vigilaran y hostilizaran— hay que agregar otras internas de mucho más peso. Parecería que la fuerza principal de todas ellas fue la situación «de frontera» de los barrios nuevos. A medida que se consiguen los objetivos, que se satisfacen las necesidades más urgentes, el interés colectivo va declinando. Las bibliotecas, particularmente, fueron abandonando su dimensión fomentista o social y, circunscriptas a lo cultural, tuvieron más dificultades para sobrevivir. Podría agregarse que el mismo impulso vigoroso originario se encontraba por entonces, con seguridad, en los nuevos asentamientos del conurbano, en el vasto y confuso Gran Buenos Aires.

Pero la causa principal fue, con seguridad, la cristalización de una nueva identidad de los sectores populares, que provisoriamente al menos podemos denominar «obrera». Silenciosamente casi, a lo largo de la década del treinta, fue transformándose el mundo del trabajo en Buenos Aires, por obra de la industrialización, de las migraciones internas, de la sindicalización, de la repolitización. Hubo indicios evidentes de esto: la huelga de la construcción de 1936, la reorganización de la CGT, las polarizaciones creadas por la Guerra Civil Española, pero en rigor nadie supo entonces unir estos cabos. Lo ocurrido entre 1943 y 1945, y sobre todo la jornada fundadora del 17 de octubre de ese año, pusieron un sello a esa identidad, poderosamente machacada luego por la acción de los medios masivos y, en general, de lo que se ha llamado la política populista.

En ciertos aspectos se trató de una experiencia original: por ejemplo, el trabajo volvió a ocupar un lugar central en las vivencias y en las representaciones colectivas. En cierto sentido éstas fueron la obra de los poderosos medios de comunicación y en general de la acción omnipresente del Estado. Pero ni unos ni otros escribieron sobre una tabla rasa, y de alguna manera la cultura de los sectores populares porteños estaba preparada para recibir, reinterpretar y potenciar el

mensaje populista. Se abre aquí el terreno para otra investigación. Por ahora, puede quedar como reflexión la relación entre la ideología populista y las experiencias de las sociedades barriales en relación con la cooperación y la reforma, y las ideas, casi espontáneas, de justicia social, amasadas con otras relativas al ascenso individual.

BUENOS AIRES, mayo de 1996